

La forma y la diferencia de Roberto Murillo

Roberto Murillo acaba de publicar un libro filosófico con un título un tanto enigmático: **La Forma y la Diferencia**. Destaca de la frase anterior lo de filosófico. Y lo hago porque en nuestra época, a pesar de tanta —por hablar a la moda de hoy— infraestructura filosófica, editoriales especializadas, revistas, seminarios, institutos y departamentos, congresos, cátedras, fundaciones, becas, etcétera.

Es en cierto modo inaudito que un filósofo escriba de filosofía y no de economía, ideologías, políticas y no sé cuántas cosas más por el estilo. Una fecha disparada tendería, por inercia, a caminar por la tangente de cualquier punto de la parábola real que traza en el espacio como resultado de la composición de fuerzas; por inercia de la presión social de nuestro tiempo, tiende el filósofo a irse, efectivamente, **por la tangente** y a hablar y decir de cosas y temas que poco o nada que ver tienen con lo que las buenas gentes han entendido por filosofía desde los pitagóricos a hoy. Por amor, unos de la pose científica, para no equivocarse —logicistas, analistas del lenguaje, etc.—, olvidando aquello de que el peor error es inhibirse de la aventura metafísica por miedo a errar. Y esto a su vez por olvido también de que, en filosofía especialmente, lo de mayor importancia no son las contestaciones, —verdaderas o erradas—, sino las preguntas: eso sí, cuando éstas son las preguntas de un quién, que se las hace y se las plantea porque las necesita. A esto se referían en el fondo los viejos griegos cuando se admiraban de la fecundidad filosófica del admirarse.

Y el irse por la tangente, otros, débese a que no se admiran porque están faltos de vocación para ello, para el tipo especial de admiración o de pregunta filosófica. Les va, por lo visto, el vivir muy bien sin ella, aunque, vicaria suya, alguna otra creencia habrá, allá, en lo más profundo del hondón de sus ánimas. Son los que, filósofos tituli ratiōne, por razón del cartón, en ajenas heredades a las filosóficas tienen sus aficiones y, en función de ello, sus admiraciones y sus preguntas. En vista de esta especie de alergia para lo filosófico, que no es una teoría, ni siquiera una modesta opinión, sino una patente exhibición de la experiencia, entenderse ahora el porqué deseaba peraltar mi admiración por el carácter precisamente filosófico del libro de Roberto Murillo. ¡Ahí es nada, hablar honradamente y con pasión —pasión vocacional, nacida de los más hondos veneros del yo— de temas de añeja y vetusta calidad filosófica, por estos tiempos y por estos lares!

Y había otra palabra, aparte de lo de filosófico, en la frase inicial, que adrede escribí y que, asimismo, deseo comentar: me refiero a lo de lo enigmático del título. Con machacona insistencia ha reiterado Roberto Murillo, al través de sus escritos, su convicción de que el venerable y divino Platón es el más profundo e importante filósofo de todos los tiempos. Aventuro que, consciente o inconscientemente, lo cierto es que escogió un título de transparente saborcillo platónico para sus metafísicas reflexiones. Encarna Platón, de manera ejemplar, el espíritu de su época y de su pueblo, espíritu víctima de la tensión entre tendencias y vivencias contrarias. Es una anécdota, más, además, un símbolo el que en su juventud tuviera dos maestros tan distintos como el heracliteano Cratilo, amigo del devenir, y el apolíneo Sócrates, escudriñador de esencias y apasionado del ver claro. En su juventud, y haciendo honor a la edad, fue un radical, proclive, pues, a las soluciones y a los juicios rotundos. Con los años fue cambiando. Los, aproximadamente, cincuenta años de su producción filosófica, de los 30 a los 80 en que murió, son un claro y veraz testimonio de ese cambio del rudo dogmatismo a la apacible tolerancia. Si en algo, sin embargo, dogmático siguió, fue en su crítica contra las posiciones extremas, esto es, contra cualquier manifestación de dogmatismo.

“Cuanto más viejo soy, más amigo de mitos me hago”, sentenciaba Aristóteles. También Platón, a medida que fue



FRANCISCO
ALVAREZ



transmutando las posiciones extremistas por la tolerancia, más amigo de los mitos fue haciéndose también. El diálogo Parménides es el mejor testimonio de su crisis de cambio. El Platón radical de las firmes manifestaciones va en todo, en su teoría de los dos mundos, en su gnoseología, en su concepción del Estado, tendiendo puentes que alivien los contrastes y nos salven del abismo de las separaciones rotundas. Va haciéndose menos socrático y más pitagórico. Tan desdenoso y parco para sus antecesores, el gran Platón califica, sin embargo, a Parménides de grande; pero quien hizo de la Dialéctica la forma suprema del saber, refuta ahora las dos tesis fundamentales del eleático Zenón, el creador de la dialéctica: la de la no existencia de la pluralidad y la de la no existencia del cambio. Aun resistiéndose a creer que haya Ideas de todo, no obstante, y a pesar de la existencia de una privilegiada, la de Bien, las Ideas son muchas. Y, a propósito de esta misma Idea, ¿cómo es posible concebir que el Ser en plenitud de ser carezca de algo tan noble como el pensamiento? Mas si posee pensamiento, posee un alma y, por ende, en alguna medida, movimiento también.

Y ahora las Ideas, si es preciso no sucumbir a la desconsoladora creencia de que el conocimiento es imposible, no pueden continuar siendo mónadas aisladas; sino que han de mantener ciertas relaciones entre sí; no de todas con todas, lo que anularía, asimismo, cualquier tentativa de saber, sino de unas con unas sí y con otras no. Sólo en esta forma el juicio, la predicación, es posible, aunque esto, a su vez, suponga la herejía, ante el eleatismo, de afirmar que el no-ser en cierto modo es. En efecto, cada Idea es lo que es en sí misma; posee una especie de Mismidad; pero no posee, en cambio, la Otroidad, es decir, no es lo otro que ella. El Movimiento o el Reposo son, esto es, poseen Ser; pero el Reposo no es Movimiento, ni el Movimiento Reposo. Cada Idea, por su Mismidad es lo Finito o lo Limitado: mas por su Otroidad es lo Ilimitado o lo Infinito. La Mismidad, lo Finito, lo Limitado es aquello por lo que cada Idea es una Forma; su Otroidad, lo Ilimitado o lo Infinito es lo que hace de cada una de ellas una Diferencia de todas las demás.

Por todo esto al comienzo decía que La Forma y la Diferencia de Roberto Murillo es un libro, de título enigmático, con un claro saborcillo platónico. En él se habla de Platón, claro es; pero también se piensa y se conversa con los más significativos pensadores de todas las edades a propósito de tres sugestivos temas: el círculo, el espacio y el amor. Los griegos denominaban *akmé* al punto más alto de fuerza o de potencia —física o espiritual— de la vida, aquel precioso momento en que, en general, cualquier cosa está en la mejor disposición para actuar. La forma y la diferencia de Roberto Murillo es la mejor muestra de que su autor encuéntrase en el espléndido *akmé* de su existencia.